

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Una sala en las habitaciones de la Reina, en el Alcázar de Segovia.

(Hay una mesa con lo necesario para escribir, y Pedro Mártir, maestro de gramática de la Reina, estará cortando y preparando las plumas para la lección. Entra el Rey.)

PEDRO MÁRTIR

(Al verle.)

Alteza . . .

REY

¿Sois vos
el maestro de latín
de la Reina?

MÁRTIR

(Exagerando la inclinación.)

Y servidor
de vuestra Alteza hasta el fin.

REY

¿La Reina vendrá?

MÁRTIR

La espero
para la lección del día.

REY

Lo sé.

MÁRTIR

¿Queréis, señoría,
que vuele en su busca?

REY

Quiero.

*(Va a salir Pedro Mártir y
el Rey le retiene.)*

— ¿No sois, además, cronista,
Pedro Mártir?

MÁRTIR

¿Qué mandáis?

REY

Que cuando a tratar vengáis
de Italia y de su conquista,
digáis que el lugarteniente
que allí mandarse debía
lo escogió el Rey mismo un día
— y se arrepintió el siguiente.

MÁRTIR

¿Qué más, señor?

REY

Nada más. —
Y aun lo que te he dicho aquí
lo he dicho porque jamás
ha de entenderse por mí.

MÁRTIR

(Dándoselas de malicioso.)

¿Receláis que el Garellano
venga a afajar su carrera?

Cierto: allí el suelo es doquiera
barrizal y agua en pantano;
del otro lado del río
Francia está en alto; de modo
que el sitio da a Francia todo
lo que no le da su brío:
¡pero él pasará y es mano
temible en la represalia!

REY

Pues si pasa el Garellano
Gonzalo, es dueño de Italia.

MÁRTIR

Que es serlo vos.

REY

(Con inefable ironía.)

¡Cabalmente!

Cala tan hondo tu vista,
que así me entienda la gente
tanto como mi cronista.

MÁRTIR

Pues antes...

REY

Fingiendo estuve
para probarte en tu fe.
¡No hay gracias que a Dios no dé
por el acierto que tuve
cuando al Capitán nombré!

(Vuelve la espalda al cronista. Pedro Mártir da unos pasos. Llegan, por el fondo, Doña Beatriz y Doña Mencía, acompañando a la Reina. El cronista anuncia.)

MÁRTIR

¡La Reina!

(El Rey le sale al encuentro.)

ISABEL

(Sonriendo, al verle.)

¿Vos, mi señor,
con gramáticos latinos?
¿qué nuevas me traéis por
tan impensados caminos?

REY

Traigo bueno y traigo malo;
pero es empresa importante.

MÁRTIR

(Con alborozo ingenuo.)

Del capitán Don Gonzalo.

REY

*(Callando al cronista con
una mirada furibunda y fría.)*

De Colón, nuestro Almirante.

ISABEL

(A Pedro Mártir.)

Hoy no estudio.

MÁRTIR

Es por demás
justo.

ISABEL

Y mañana perfecto
mi trabajo encontrarás.

MÁRTIR

¡Bien le caerá un día más
al complemento indirecto!

ISABEL

*(A sus damas, mientras
Mártir se inclina y sale por
el fondo.)*

— Lo mismo entended; tampoco
tengo nada que mandaros.

*(Las damas saludan tam-
bién y se retiran. Al quedar
solos, la Reina dice a Don
Fernando.)*

— Soy toda para escucharos,
si sois para oirme un poco.

REY

*(Después de una pausa y
emprendiendo, como siem-
pre un rodeo para llegar a su
fin.)*

Nuestro Cristóbal Colón
fué siempre extremo, de modo

que no hay posible acomodo
con su terca obstinación;
las alas con que pasea
sobre el agua a tanto vuelo,
las arrastra y pisotea
Señora, llegando al suelo;
y en la última rebelión
de sus colonos, son de ellos
la justicia y la razón;
de Colón, los atropellos.

ISABEL

Mal será que no se hallen
disculpas como otras veces;
dejad que los jueces fallen.

REY

Reina, fallaron los jueces.

ISABEL

(Sorprendida y airada.)

¿Sin contar conmigo?

REY

¿Cuándo
nuestra justicia, en los reyes
puso mira, y no en las leyes?

ISABEL

Cuando no hay ley, Don Fernando.
Cuando su espada es falible
de tal manera al fallar
que, hecho, pretende juzgar
lo que antes creyó imposible.
¡Crezca lo nuevo, y traerá
consigo mismo su ley!
¿Con los colonos está
la razón? Con el Virrey
está él mismo; y es rotundo
tal peso en tal ocasión,
¡porque él ya nos trajo un Mundo
desmintiendo a la razón!

REY

Sus jueces le han encontrado
tan en culpa al parecer,
que a Colón mandan volver. . .

ISABEL

¿A Castilla?

REY

Encadenado.

ISABEL

¡Pues a mí me encadenáis,
por Dios vivo! Y no creáis
que lo tomo a humillación,
¡que con cadenas me honráis,
ya que las lleva Colón!
¿Reo, el Almirante? . . . Quiero
callarme, no darle mano,
dejar sólo al prisionero:
¡buscadle! ¿qué carcelero
le encuentra en el Océano?
¡si él, cabalgando en su Atlante
vino a quedar tan distante
que sus jueces no le llegan!
¡por esos mares, navegan
sólo Dios y mi Almirante!

REY

Seis carabelas salieron
tras él, a probar fortuna.

ISABEL

Tres nada más se le dieron
cuando os trajo un mundo en una.

REY

Pero la Ley. . .

ISABEL

Quiero ver,
cuando mi viejo Almirante
manos con grillos levante
a mis ojos de mujer,
para llorar sus agravios,
qué llantos me bastarán;
¡qué frentes resistirán
la maldición de mis labios!

(Una pausa.)

— ¡No!

(Se acerca a la mesa y escribe en un papel.)

— ¿Me dejáis disponer
de una sola carabela?

REY

*(Como sin dar importancia
a lo que dice; pero aprovechando la ocasión.)*

Una nos queda. Iba a hacer
rumbo a Italia a toda vela.

ISABEL

(Sigue escribiendo.)

No irá a Italia.

REY

(Inclinándose.)

Vos mandáis.

ISABEL

*(Acercándose al Rey y tendiéndole el escrito.)*Vaya a las Indias y lleve
mi carta a Colón.*(El Rey, aunque dueño de sí, tiene en los ojos un relámpago de satisfacción, al tomar el escrito de la Reina.)*

REY

¿Le habláis?...

ISABEL

Como a quien tanto se debe.
Leed vos mismo.

REY

(Lee en el más natural de los tonos.)

«He de honraros

por lo menos, como vos
nos honráis; le pido a Dios
que no deje de guardaros;
como alguien que os quiere mal
busca llevaros a extremos,
venid a España; hablaremos
siquiera de igual a igual.
Vuestra palabra, en el fiero
tumulto de este hervidero
venga a darnos el nivel:
os lo mando y — os espero —
Yo, vuestra Reina, Isabel.»

ISABEL

¡Y hable el virrey!, que si hubiere
falta, todavía cuento
con que el rigor no prospere
sobre el agradecimiento.
Si hubiere delito, y es,
como pretenden, bastante,

¡los jueces verán después
qué hacen, teniendo a sus pies
la Reina y el Almirante!

REY

*(Afectando librarse de un
gran peso.)*

Sois extrema y no hay con vos
duda que se haga forzosa.

ISABEL

Rey Don Fernando, no hay cosa
que no esté en manos de Dios.

REY

*(Siguiendo el hilo de sus
cálculos.)*

Tan sólo, en esto, me aflige
la nave que he de emplear;
pronta estaba a darse al mar
para Italia, como os dije.
No se cansa de pedir
desde Italia, el Capitán;
bien los dineros se van;
sólo tardan en venir
los reinos que nos valdrán.

ISABEL

¡Si es que desde estos solares
pusimos mano a la hazaña
de darle al carro de España
las dos ruedas de dos mares!
Tened paciencia, que es tal
mi fe, que iremos a tanto
por más que tire el zarzal
de los armiños del manto.

REY

Yo os digo que en cada rueda
se agotan muchos hogares. . .

ISABEL

¡Son agujeros dos mares
que fragan mucha moneda!
— Ya os darán perlas.

REY

*(Al improviso; sin dejar a
la Reina tiempo de prever
el ataque.)*

¿Por qué
no llamáis al Capitán?
— que él venga y cuentas nos dé.